

¿QUÉ LE HA SUCEDIDO A LA ECONOMÍA KEYNESIANA?*

Axel Leijonhufvud
*Universidad de California,
Los Angeles*

Introducción

Durante casi treinta años, la macroeconomía se ha estancado en una controversia entre teoría keynesiana y teoría monetarista. La polémica no ha concluido todavía, y sorprende lo poco que ha resuelto de manera definitiva. El desempeño del "equipo" keynesiano durante la última década o más ha sido tan deficiente que los fanáticos difícilmente pueden tener interés en acudir al estadio. Como, últimamente, las cosas no han marchado bien para los monetaristas, el debate ha perdido atracción. Cuando este tipo de controversias se estancan, se vuelven agotadoras, pero no podemos, simplemente, olvidarnos de ésta en particular. La solución de numerosos problemas de enorme trascendencia pública depende de una comprensión adecuada de la macroeconomía, terreno en que el keynesianismo y el monetarismo siguen siendo los principales rivales.

Este trabajo pretende dar respuesta a la siguiente pregunta: ¿por qué ha perdido influencia la teoría keynesiana al grado de encontrarse hoy en el banquillo de los acusados? A mi juicio hay dos tipos de razones: las internas y las externas. En un libro publicado hace casi veinte años,¹ sostuve que la teoría keynesiana estaba plagada de problemas *internos*. Los keynesianos no se preocuparon por atender sus problemas conceptuales y teóricos, mientras el modelo keynesiano estándar parecía funcionar para fines prácticos. Ya entonces señalaba que el descuido de estos aspectos conceptuales no permitiría hacer buenos augurios sobre la salud de la teoría keynesiana. Sobre

* Documento presentado en el Coloquio sobre la obra de J. M. Keynes organizado por la Universidad Autónoma Metropolitana en octubre de 1986 en México, D.F., y en la Nobel Conference XII: The Legacy of Keynes, Gustavus Adolphus College, Saint Peter, Minn., 30 de septiembre-1 de octubre de 1986.

¹ *On Keynesian Economics and the Economics of Keynes: A Study in Monetary Theory*, Nueva York, Oxford University Press, 1968.

decir que no tengo motivos para cambiar de parecer. Sin embargo, el acento debe ponerse en los factores *externos*. Dicho de manera simplista, el mundo no ha permanecido estático durante la controversia. Esta observación, bastante trivial, ayuda en mucho a entender lo que ha ocurrido.

Hay una frase muy famosa y quizá muy citada de Albert Einstein: *Der Herr Gott ist raffiniert, aber boshaft ist er nicht* (El Señor es sutil pero no mezquino). Es decir, es posible que el Señor haya concebido leyes naturales que son difíciles de descubrir, pero una vez descubiertas no las modifica. Éste es el credo alentador de los físicos. Saben que si se recluyen en una torre de marfil para dirimir alguna disputa, el mundo real al que regresen será el mismo que el que dejaron, aunque les tome tiempo hacerlo. Los economistas no tenemos esta seguridad; nuestro objeto de estudio cambia incluso mientras debatimos acerca de él, y puede transformarse de manera que favorezca a uno u otro contendiente.

En esta realidad cambiante, hay un elemento que contribuye a explicar la pérdida de influencia que pesa sobre la teoría keynesiana: la *evolución del sistema monetario de la posguerra*. La economía keynesiana se adaptó, de mala gana y de manera lenta e incompleta, a este desarrollo. Así, los keynesianos acabaron defendiendo posiciones que ya no eran defendibles, aunque hayan sido relativamente acertadas en otras épocas. Ello confirió algunas victorias fáciles a los monetaristas. Sin embargo, la profesión económica ha derivado de las derrotas keynesianas conclusiones que considero, en aspectos importantes, totalmente erróneas, incluso, peligrosamente erróneas. Parecería que al querernos deshacer de los errores dejamos de lado elementos importantes. ¿No podría resucitar esa teoría que parecía prometedora?

Factores externos: regímenes monetarios cambiantes

Las expectativas desempeñan un papel importante en la teoría macroeconómica. La razón es muy sencilla: una misma perturbación en la economía, o una misma medida de política, tendrán resultados inmediatos muy diferentes, dependiendo de las expectativas. Por ejemplo, bajo ciertas expectativas, la decisión de aumentar la oferta de dinero puede ocasionar un alza rápida del nivel de precios y cambios menores en el producto y el empleo, pero bajo expectativas distintas puede llevar a una elevación del producto y del empleo acompañada de poca inflación.

Por tanto, para predecir las consecuencias de una u otra acción de política económica, hay que saber de qué expectativas se parte. El problema radica, sin embargo, en que las expectativas no son observables. Por ello, las predicciones de los macroeconomistas no pueden competir favorablemente con las de los científicos naturales. A veces se dice que las expectativas son como una "caja negra". Al parecer, este término se empleó originalmente para desactivar bombas durante la segunda guerra mundial: si el estado

de la bomba en su interior puede ser inferido, es posible, en principio, encontrar una manera segura de manejarla. De lo contrario, la bomba es, de hecho, una caja negra que puede estallar sin previo aviso. Lo mismo ocurre con la política macroeconómica.

Una lección importante que nos da la llamada Nueva Economía Clásica es que la caja negra, en ocasiones, puede ser tratada suponiendo que el público entiende, en general, el régimen monetario imperante y forma sus expectativas apegándose a él. Este recurso analítico, empleado frecuentemente en la actualidad por economistas que de otra manera no tendrían mucho en común con la Nueva Economía Clásica, lo configura el enfoque al que conocemos como *expectativas racionales*.²

Inscrito en el planteamiento de expectativas racionales, el concepto “régimen monetario” consta de dos partes: de un lado, un sistema de expectativas que rige las decisiones de los agentes económicos y, de otro, un patrón de comportamiento consistente por parte de las autoridades encargadas de la política económica, que valida esas expectativas. Una sociedad elige un régimen monetario al adoptar un conjunto de reglas que aplican las autoridades monetarias y al permitir que las expectativas de los agentes económicos se adapten a esas reglas. Las llamadas “reglas del patrón oro” constituirían un buen ejemplo, de no ser porque cambiaron bastante a través del tiempo. De cualquier forma, es claro que las expectativas del público acerca del comportamiento futuro del nivel de precios bajo todas las modalidades del patrón oro, habrán de ser diferentes de las que corresponden a regímenes inflacionarios como los que caracterizaron a Argentina, Brasil o Israel hasta hace poco tiempo.

Asegurar la predictibilidad y estabilidad del nivel nominal de precios son normalmente objetivos fundamentales al elegir o construir un régimen monetario. Hemos heredado dos ideas básicas de cómo una sociedad puede lograrlo. A una la llamo “control de cantidad”, y a la otra, “control de convertibilidad”. La teoría macroeconómica apropiada para un régimen cuya estabilidad nominal depende de la convertibilidad difiere, en varios aspectos importantes, de la que conviene a un régimen basado en el control gubernamental sobre el acervo de dinero. En el segundo caso, las autoridades

² Esta pauta de razonamiento fue desarrollada inicialmente por John F. Muth en su artículo “Rational Expectations and the Theory of Price Movements”, aparecido en *Econometrica*, 1961. Para un análisis no “técnico” de sus implicaciones en la macroeconomía en general, expuesto por el economista que ha tenido mayor influencia en este tema, véase Robert E. Lucas Jr., “Understanding Business Cycles”, reimpreso en *Studies in Business Cycle Theory*, MIT, Press, Cambridge, Mass. 1981. Para aplicaciones del concepto “régimen monetario”, véase Thomas J. Sargent, *Rational Expectations and Inflation*, Harper and Row, Nueva York, 1986. Acerca de la relación entre la Nueva Economía Clásica y la economía de Keynes, véase A. Leijonhufvud, “What Would Keynes Have Thought of Rational Expectations?”, en David Worswick y James Trevithick (eds.), *Keynes and the Modern World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983.

monetarias fijan la cantidad de dinero y permiten que los mercados sean los que determinen el nivel de precios nominales correspondiente. En el primer caso, al contrario, el gobierno fija, por ejemplo, el precio nominal del oro y deja que los bancos y sus clientes sean los que determinen el nivel de equilibrio de la cantidad de dinero y de otros activos líquidos.

Desde el punto de vista del gobierno, el primer régimen constituye una estrategia de “fijación de cantidades”, en la que los precios son endógenos, y la segunda, una de “fijación de precios” sin control de cantidades. Tanto la teoría macroeconómica a corto plazo como la doctrina de política monetaria apropiadas para cada uno de estos regímenes en estado puro, son muy diferentes entre sí. Con control de convertibilidad, el compromiso de cambiar dinero por oro (o divisas), según se demande, implica renunciar a controlar el acervo de dinero. *Grosso modo*, la demanda, y no la oferta, es la que determina el acervo de dinero. En el sistema en que el acervo de dinero se ajusta al nivel de precios, y no al contrario, el banco central puede intervenir en el costo y en la disponibilidad de crédito, así como en los efectos de estas dos variables sobre la actividad real en la economía. Si se comprobase, en general, que el control de la convertibilidad garantiza el nivel de precios, los agentes tendrían “expectativas inelásticas”, es decir, cada vez que el nivel de precios se apartara un poco de la tendencia a largo plazo fijada por la oferta y demanda de oro, los agentes esperarían que retornase a ella. En este sistema, las fluctuaciones en la tasa de descuento del banco central modifican un precio real y los movimientos en las reservas del banco hacen que cambie el volumen real de crédito ofrecido. El impacto sobre el producto y el empleo que por esta vía pueden tener las autoridades monetarias es, sin embargo, muy limitado.

Gran parte de la teoría de política monetaria, adecuada para el régimen de control de convertibilidad, tiene un tinte claramente keynesiano (no obstante, en general, los keynesianos no consideran que la validez de su esquema se limite al caso de los regímenes de control de convertibilidad). Por esa razón, esta teoría ha sido el blanco de persistentes críticas monetaristas. Por su parte, la teoría monetarista se adapta mejor al caso puro de control de cantidad. Cuando la economía opera bajo un patrón fiduciario puro, el control sobre algún acervo nominal se hace necesario a fin de dotar al sistema de un ancla nominal. Ahora bien, si las autoridades intentan controlar el crédito en términos reales y no vigilan la cantidad de dinero, es probable que fracasen en su tarea de lograr estabilidad nominal. En estas condiciones es realmente arriesgado pretender manejar la tasa de interés a través de la política monetaria. Se corre el peligro de perder totalmente el control sobre el nivel de precios. Esta táctica es natural cuando la convertibilidad se ocupa de los precios.

Bajo control de cantidad, la política monetaria es claramente “eficaz” porque puede provocar grandes cambios en el ingreso monetario, haciendo que varíe el acervo de dinero y dejando que el nivel de precios se ajuste.

No es tan claro, sin embargo, que pueda tener un efecto confiable y predecible sobre la actividad real. Entre los monetaristas, los neoclásicos sostienen que las autoridades monetarias sólo pueden controlar la escala nominal de la economía. Su influencia sobre la actividad real es nula, excepto por aquellas perturbaciones transitorias que puedan surgir cuando los agentes económicos no interpreten de una manera correcta la política monetaria.

En los últimos 150 años, avanzando por etapas, y no sin sufrir accidentes, hemos pasado de un sistema monetario cercano al régimen de control de convertibilidad en su estado puro a un sistema de control de cantidad (con una pureza sólo mancillada por cierta “flotación sucia” de los tipos de cambio). Lo que puede no resultar tan obvio es que la conclusión de este proceso sea relevante para explicar tanto el largo predominio de la economía keynesiana, como su dramática pérdida de ascendencia.

Si el precio relativo del oro, en términos de todos los demás bienes, sólo estuviera determinado por factores “reales” y fuese, por tanto, independiente de la cantidad de “papel crediticio”, bastaría con fijar el precio nominal al que este instrumento fuera convertible en oro para determinar el nivel de precios. Si aún hace 150 años este modelo difícilmente podía ser considerado como guía adecuada, al correr del tiempo la convertibilidad devino en una restricción cada vez menos estricta, tanto sobre el nivel de precios, como sobre el margen de maniobra de la política de los bancos centrales. La poca convertibilidad que logró conservar el mundo de la posguerra con el sistema monetario de Bretton Woods, fue atenuándose poco a poco. En Estados Unidos el público había perdido el privilegio de la convertibilidad oro desde 1933. Durante los últimos 40 años, la mayoría de los economistas especializados en teoría monetaria no han partido del supuesto implícito de que cualquier vestigio de la convertibilidad carece de relevancia teórica. En particular, desde Don Patinkin hasta Frank Hahn y Robert Lucas, la literatura sobre teoría monetaria pura se ha concentrado casi exclusivamente en el patrón fiduciario, o sea, el régimen de control de cantidad.

Sin embargo, en el contexto del acuerdo de Bretton Woods, este problema de interpretación sólo es válido en el caso de Estados Unidos. Los países cuyas tasas de cambio se mantuvieron fijas con respecto al dólar, quedaron más (no menos) constreñidos por la convertibilidad puesto que, al pasar el tiempo, sus mercados de bienes y de capital se integraron cada vez más. Por ello, la disposición de estos países a continuar siendo parte del sistema dependía de cómo se manejara el dólar. Estados Unidos pudo haber generado inflación en todo el mundo veinte años o más, antes de que efectivamente lo hiciera. En ese terreno el acuerdo de Bretton Woods no significaba restricción de peso alguna, pero el “contrato implícito” con los demás países miembros del acuerdo exigía un comportamiento más responsable. Cuando, por último, Estados Unidos se negó a permitir que sus déficits externos fueran una restricción a sus políticas inflacionarias, Bretton Woods

llegó a su fin. Por ello, mi interpretación personal del periodo anterior al desmoronamiento del sistema es que la política monetaria de Estados Unidos se asemejó a la que hubiera existido en un régimen convertible, al grado de inducir en los agentes económicos un conjunto de expectativas nominales acordes con ese régimen.

Este es el mundo al que estaba adaptada la economía keynesiana, no sólo (ni fundamentalmente) porque Keynes fuera uno de los arquitectos principales del acuerdo de Bretton Woods e hiciera supuestos correlativos en su trabajo teórico, sino porque la macroeconomía postkeynesiana evolucionó en ese contexto e incorporó en su esquema teórico algunas características propias del medio, aunque, con frecuencia, sin reconocerlo abiertamente. Cuando el sistema se derrumbó, la economía keynesiana se mostró incapaz de enfrentar una era inflacionaria causada por una administración deficiente del patrón fiduciario. Quizá sea útil, aquí, un ejemplo específico.

Cuando empecé a estudiar economía hace treinta años, me enseñaron dos postulados considerados como lección del keynesianismo, o más bien, como casi “descubrimientos” de la “revolución keynesiana”: a) en el mundo moderno, los salarios monetarios son “rígidos”, y b) la política monetaria es “ineficaz”.

¿Son estas proposiciones falsas o verdaderas? En los años cincuenta se difundían como verdaderas en casi todas las escuelas. Aquellos estudiantes que discrepaban tenían baja probabilidad de recibir calificaciones aprobatorias y rara vez se incorporaban a la profesión. En la última década, hemos enseñado que son falsas, y los estudiantes que no están de acuerdo. . . , etcétera.

Mi opinión es, por supuesto, que no son falsas o verdaderas en abstracto. Como sucede con muchos postulados en teoría monetaria, su validez depende del sistema monetario que tengamos en mente. Si por “eficacia” entendemos la capacidad de provocar cambios significativos en el ingreso nominal, cualquier banco central que opere bajo control de convertibilidad, será ineficaz. Por tanto, los agentes racionales esperarán que la escala nominal de salarios reales sea más o menos constante. Puesto que los trabajadores saben que una concesión en términos nominales significa menores salarios reales, los salarios monetarios serán tan flexibles como se espere que sean los salarios reales.

En cambio, en un régimen de control de cantidad, la política monetaria es, en principio, “eficaz” y puede ocasionar grandes cambios en la escala nominal de la economía. Si este potencial se aprovecha intensivamente, las expectativas nominales inelásticas que el público pueda tener, cederán, y con ello terminará la “rigidez” del salario nominal. Cualquier relación entre variables nominales y reales que, hasta entonces, haya parecido estable y confiable, se romperá. La llamada curva de Phillips, que relaciona cambios en el salario nominal con tasas de desempleo, es el ejemplo más pertinente de este fenómeno. Captada originalmente por A.W. Phillips, con base en

información sobre la Gran Bretaña durante el periodo 1862-1957,³ se desdibujó totalmente en la etapa de administración monetaria deficiente de los años setenta. El keynesianismo perdió influencia entre los economistas, debido, en gran medida, a que los keynesianos habían depositado mucha fe en la curva de Phillips, mientras que los monetaristas habían vociferado su desconfianza en ella.

El propio desarrollo de la controversia keynesiano-monetarista influyó en el cambio del régimen monetario. Los ataques monetaristas iniciales a la ortodoxia keynesiana se concentraban fundamentalmente en el postulado de que la política monetaria es “ineficaz”. En el caso de Estados Unidos, la “eficacia” del control sobre los acervos monetarios no podía cuestionarse por más tiempo y los economistas terminaron por dejarse convencer.

Sin embargo, muchos de los que empezaron a confiar en la eficacia de la política monetaria, todavía pensaban que los salarios eran inflexibles. Esta combinación de ideas es peligrosa pues conduce a una tercera que es incorrecta: el control sobre las cantidades de dinero es un instrumento eficaz para regular el empleo. Esta falsa creencia confirió un sesgo inflacionario a las discusiones de política económica de los años sesenta y setenta. Así, la crítica monetarista en lo que toca a eficacia (y a tipos de cambio fijos) socavó la disciplina monetaria que contemplaba el acuerdo de Bretton Woods. De cualquier manera, los monetaristas fracasaron en su intento de imponer su propia disciplina, es decir, la regla de Friedman.

Factores internos: cambio de posiciones teóricas

La controversia de los últimos treinta años en torno a la teoría macroeconómica ha sido difícil de seguir, no sólo porque el mundo al que se refiere continuó cambiando, sino también porque las posiciones teóricas variaron. “Las cosas ya no son como antaño”, ni en el seno del keynesianismo, ni en el del monetarismo. Para seguir la pista del cambio de posiciones, movámonos en un diagrama con la misma trama que la bandera sueca.

Las teorías del ciclo económico pueden diferenciarse unas de otras por las hipótesis que plantean, por una parte, respecto a los impulsos que son origen de las fluctuaciones y por otra, acerca de los mecanismos de propagación que transforman el empleo.

Un impulso puramente nominal (N) es una perturbación de la que la economía sólo se restablece mediante un cambio en su escala nominal, es decir, un ajuste del nivel de precios nominales. Un impulso real (R) requiere, por el contrario, de cierta reasignación de recursos entre industrias o actividades y, por lo tanto, de un cambio en precios relativos. En el caso de

³ A.W., Phillips, “The Relation between Unemployment and the Rate of Change in Money Wages in the United Kingdom, 1862-1957”, *Economica*, noviembre, 1958.

		PROPAGACIÓN		
		Nominal	Combinada	Real (intertemporal)
IMPULSO	Nominal			
	Combinado			
	Real (intertemporal)			

Bandera sueca

una perturbación real “pura”, el equilibrio se restablecerá sin necesidad de inflación o deflación generalizadas. Como estos casos puros rara vez se presentan, debiéramos considerar categorías intermedias tanto por el lado de los impulsos como por el de la propagación. Esta labor, sin embargo, es demasiado compleja para introducirla en este trabajo.

Es fácil analizar la mecánica de la propagación circunscribiéndonos a los casos relevantes. La combinación nominal-nominal (N/N) en la esquina superior izquierda del diagrama simboliza el monetarismo de Milton Friedman,⁴ es decir, el monetarismo anterior a la Nueva Economía Clásica. La perturbación típica es un cambio exógeno en la oferta de dinero fiduciario; la resistencia del salario monetario al ajuste inmediato hace que la perturbación se propague a las variables reales; el ingreso real, el empleo y los precios nominales varían con la cantidad de dinero.

La combinación intertemporal real-real (R/R) en el extremo inferior derecho es el caso planteado originalmente por Keynes. Diversos acontecimientos pueden hacer que las empresas cambien su estimación de la rentabilidad de la inversión, es decir, del empleo de recursos en el presente para aumentar el producto en el futuro. Si este cambio en la “eficiencia marginal del capital”, para emplear la terminología de Keynes, refleja mayor pesimismo, las empresas planearán reducir su inversión, creando, así, un exceso de oferta de recursos en el presente, e, implícitamente, un exceso de demanda de bienes en el futuro. Keynes prefería describir este desequilibrio en términos de cantidades diciendo que “el ahorro excede a la inversión”, en tanto que el gran sueco Wicksell solía describirlo en función de los precios señalando

⁴ Véase Robert J. Gordon, ed., *Milton Friedman's Monetary Framework: A Debate with his Critics*, University of Chicago Press, Chicago, 1974.

que “la tasa de mercado excede a la tasa natural”. De todos modos, la respuesta apropiada del sistema sería una disminución de las tasas de interés real para que el precio de los bienes futuros, en términos de bienes presentes, se elevase. La hipótesis keynesiana de propagación es que las tasas de interés real no cambian en suficiente medida y que, por tanto, el exceso de oferta de recursos se traduce en una caída, en el presente, del producto y del empleo.

La esencia teórica de estas dos combinaciones se comprende fácilmente: de acuerdo con la primera (N/N), los problemas macroeconómicos se derivan de perturbaciones nominales y los ajustes nominales requeridos no ocurren con rapidez. Según la segunda (R/R), las dificultades comienzan con una alteración de las expectativas reales y los ajustes necesarios en los precios relativos (intertemporales) no ocurren de inmediato. Desgraciadamente, la controversia keynesiano-monetarista no se dio entre estas dos posibilidades. Si (N/N) y (R/R) hubiesen sido los adversarios, la contienda hubiera tenido más sentido y habría sido mucho más fácil comprenderla, pero no fue así.

Antes de que los monetaristas aparecieran en escena, la posición keynesiana evolucionó hacia la esquina inferior izquierda del diagrama (R/N). La economía keynesiana que llenó los libros de texto durante tres décadas, sostuvo que los cambios en la eficiencia marginal del capital constituían la causa típica de los cambios en el ingreso, pero enfatizaba que la rigidez del salario monetario era la causa del desempleo. Keynes negó esta hipótesis explícitamente. Además, es al menos dudoso que se pueda obtener una teoría coherente combinando una hipótesis de perturbación real con otra de inflexibilidad nominal. De todos modos, este cambio en la posición keynesiana hizo que la atención teórica se alejara del papel que tienen los precios relativos intertemporales en la coordinación de ahorro e inversión, y se centrara en la relación entre gasto monetario agregado y salarios monetarios.⁵ Por lo tanto, la controversia keynesiano-monetarista se inició con los keynesianos manteniendo un híbrido R/N, siendo atacados por los monetaristas desde una posición N/N. Los keynesianos se defendieron con dificultad, como se puede ver con la ayuda de los dos siguientes ejemplos.

En primer término, tomemos la respuesta keynesiana a la hipótesis de Friedman sobre la llamada “tasa natural de desempleo”, la cual, lejos de ser uno de los puntos originales del debate, se incorporó a él en una fase muy avanzada. Para nuestros propósitos, enunciémosle de la siguiente manera:

⁵ Acerca de las muchas variantes en que se ha planteado el problema de coordinación intertemporal y de las innumerables confusiones sobre el papel de este mecanismo en la economía keynesiana, véase A. Leijonhufvud, “The Wicksell Connection: Variations on a Theme”, en *Information and Coordination*, Oxford University Press, Nueva York, 1981.

El empleo tiene una fuerte tendencia a converger rápidamente hacia su nivel de equilibrio. Lo que asegura este resultado es sencillamente el mecanismo usual de oferta y demanda que opera sobre el precio del mercado que está siendo considerado. El desempleo divergirá de su tasa natural sólo cuando (y en tanto) el salario monetario se rezague de su valor de equilibrio.

En el contexto de la teoría keynesiana R/R, la respuesta a esta afirmación es sencilla: el postulado es cierto si y sólo si el equilibrio intertemporal ya está asegurado, y es falso, en tanto el ahorro y la inversión de pleno empleo no sean iguales. Sin embargo, cuando Friedman incorporó la hipótesis sobre la tasa natural de desempleo al esquema monetarista, el problema de la coordinación intertemporal no se perfilaba, ni en la mente de sus adversarios keynesianos. Nadie lo trajo a colación, ni siquiera lo mencionó. Su respuesta fue aceptar, en efecto, que Friedman tenía razón; que sólo el rezaño en el ajuste salarial puede obstaculizar el pleno empleo, pero que los salarios nominales son *más inflexibles* de lo que a él o a cualquier otro monetarista le gustaría creer. Sobre tal argumento los keynesianos han construido una floreciente industria casera dedicada a fabricar una multitud de razones que explicaban la inflexibilidad de los salarios monetarios. Como era de esperarse, los monetaristas, casi como una práctica de tiro al blanco, lanzan disparos contra cada explicación en cuanto se publica. La ironía de todo esto es palpable: la inflexibilidad del salario monetario es menospreciada por el contendiente que más la necesita para su propia teoría (N/N) y es sobrevalorada por el contendiente que dio con ella por error.

En segundo lugar, consideremos la respuesta keynesiana al llamado Teorema de la Equivalencia Ricardiana formulado por Robert Barro.⁶ Este teorema postula que el valor presente de los impuestos futuros tiene el mismo efecto sobre el comportamiento agregado que una cantidad equivalente de impuestos presentes. Por tanto, no hay razón alguna para diferir gravámenes; la tendencia keynesiana a plantear gasto deficitario financiado con bonos, en lugar de gasto con presupuesto equilibrado, no tiene ningún sustento racional.

La réplica keynesiana natural debió haber sido insistir en que la discusión se limitara al contexto en que estas recomendaciones de política fiscal son adecuadas, es decir, cuando hay desempleo debido a un desequilibrio intertemporal. Si las tasas de interés reales no permiten coordinación entre ahorro e inversión de pleno empleo, habrá un exceso de oferta de servicios factoriales presentes y un exceso implícito de demanda de bienes futuros. Gastar ahora reduce el exceso de oferta y gravar con posterioridad reducirá el exceso de demanda. La estructura temporal de la política keynesiana se ajusta a una distribución deficiente de excesos de demanda que no ha sido corregida por ajustes intertemporales de precios.

⁶ Robert, Barro, "Are Government Bonds Net Wealth?", *Journal of Political Economy*, nov.-dic., 1974.

El teorema ricardiano de Barro supone equilibrio general intertemporal, es decir, un estado de las cosas en que la “estabilización” es redundante. Nunca se ha sugerido, en esas condiciones, que deban emplearse políticas fiscales activistas. Además, lo único interesante que puede decirse respecto a una evaluación de la riqueza con base en una tasa de mercado distinta de la tasa natural de Wicksell, es que *todo* agente económico obtendrá el resultado erróneo.

Pero, de nuevo, nadie hizo este planteamiento. Habiendo perdido de vista el argumento de Keynes respecto al ahorro y la inversión, los críticos de Barro aceptaron su supuesto de equilibrio intertemporal, aunque argumentaron que sus conclusiones, para el agregado, podrían verse invalidadas por efectos distributivos. Es cierto que los efectos distributivos intergeneracionales son un poco más elaborados y bastante más susceptibles de estudio empírico que aquéllos comunes y corrientes que siempre han rodeado de una penumbra de dudas a cualquier proposición macroteórica (sabemos, por ejemplo, que el enriquecimiento de una generación pidiendo prestado al exterior y pasando la cuenta a sus hijos no es un fenómeno irreal, producto de la imaginación teórica). Pero, ¿acaso no es patente que la doctrina keynesiana de política fiscal no se puede restablecer sobre tan desvincijada base?

Los keynesianos no han sido los únicos en hacer un viraje. El grupo de los neoclásicos hizo que la posición de la nueva generación de monetaristas se trasladara a la esquina superior derecha del diagrama. Al tratar de cimentar en fundamentos micro la teoría de Friedman, Robert Lucas advirtió que, en ese modelo, el empleo sólo cambia en uno de los dos casos siguientes: cuando el mercado de trabajo no está en equilibrio o cuando está en equilibrio porque demandantes y oferentes tienen expectativas asimétricas. Por razones metodológicas que no necesitamos exponer, Lucas no quiso partir de ninguno de estos supuestos. Construyó un modelo en el que los impulsos nominales conducen a cambios en los precios intertemporales que perciben los agentes económicos y a los que responden reasignando su oferta de trabajo y su consumo de ocio entre el presente y el futuro.

Como en el mundo de Lucas no se plantea el problema de coordinar las expectativas o los actos de un conjunto cualquiera de personas, basta con construir un modelo para el “agente representativo”. Es tradicional en las aulas de economía que este agente se llame Robinson Crusoe. Bien podríamos suponer que en la isla de Robinson hay estaciones de siembra, durante las cuales el rendimiento futuro que genera el esfuerzo presente es especialmente alto. Sería de esperar que, al igual que los campesinos a través de la historia, Robinson trabajase largas horas durante la estación de siembra y disfrutase de su tiempo libre en otra época del año. Sin embargo, esta teoría de las variaciones estacionales del esfuerzo de trabajo de Robinson se basa en causas reales puesto que la estación de siembra implica que aumente la eficiencia marginal de capital. Lo que resulta sorprendente en la teoría de Lucas es que, supuestamente, de vez en cuando, las autoridades hacen

llover dinero fiduciario sobre Robinson y que siempre que éste encuentra papel inconvertible ensuciando el suelo, concluye (sin garantía alguna) que la estación de siembra ha llegado (por cierto que uno de los méritos que se le atribuyen a este modelo es el de estar basado en un comportamiento racional fundamentado con mayor meticulosidad que el de la competencia).

Créase o no, esta teoría fue la más popular durante la década de los setenta. La Nueva Economía Clásica ha aumentado considerablemente el instrumental matemático que se requiere para participar seriamente en la discusión teórica. Ello le permitió atraer a los más brillantes estudiantes de posgrado. Desde mi perspectiva, en la lejana UCLA (vecina a Hollywood) parecería que la macroeconomía ha evolucionado en el mismo sentido que las películas: las tramas se han vuelto extrañamente sencillas, mientras que los nuevos efectos especiales son en verdad sorprendentes.

Así, los últimos diez años presenciaron el curioso espectáculo de una controversia keynesiano-monetarista montada sobre la diagonal "equivocada". En mi opinión, pocas cosas esenciales se aprendieron de este prolongado choque entre dos hipótesis difícilmente equiparables: la Teoría R/N supuestamente keynesiana, y la Teoría N/R lucasiana.

Como las posiciones siguen cambiando, podrían suceder peores cosas en el futuro. Al pasar los años, algunos de los antiguos keynesianos se han dejado convencer, a través de los trabajos de Friedman, Brunner y Meltzer, de que el impulso típico es monetario y no real. En este grupo se encuentran algunos economistas muy prestigiados. Mi impresión es que, con toda justeza, podemos incluir, por ejemplo, a Herschel Grossman, Robert Hall y John Taylor. Algunos grupos han empezado a ver en ellos la última esperanza de que la política keynesiana activista recupere una base teórica porque mantienen la llama de la lucha contra los monetaristas de su propia generación, quienes se han desplazado a la posición de la nueva economía clásica (N/R), y porque suelen insistir en que los salarios nominales son más inflexibles de lo que a los nuevos clásicos les gustaría creer. Sin embargo, aun cuando logran dar un toque curiosamente keynesiano al ambiente, en N/N ocupan lo que solía ser la vieja morada de Milton Friedman.

Entretanto, no todo ha sido calma en el frente de los neoclásicos. En Minnesota,⁷ Christopher Sims y Tom Sargent han concluido que, después de todo, la hipótesis del impulso nominal no es correcta, por lo que han desertado del monetarismo. En Rochester y otras universidades se ha comenzado a trabajar sobre problemas de impulsos reales y coordinación intertemporal. La paja que vuela parece ser suficiente para formar un pequeño pajar y la joven vanguardia de la profesión mueve la frontera de la investigación teórica hacia el cuadrante R/R donde se situaba Keynes, como señalamos al principio del trabajo.

⁷ Véase especialmente Christopher A. Sims, "Is There a Monetary Business Cycle?", *American Economic Review*, mayo, 1983.

La controversia no se detendrá. Para los próximos años, el espectador puede esperar lo siguiente: la esperanza “keynesiana” cobra forma en un grupo de economistas que buscan poner nuevamente en primer plano una política de estabilización sobre la base de que los salarios monetarios son rígidos. Para ellos, la “pregunta central” de la teoría macroeconómica es: ¿por qué los salarios nominales no responden bien a choques nominales? Se basan en el viejo mecanismo de Friedman: impulsos nominales propagados por inflexibilidades nominales. El contrincante de este grupo es la vanguardia que sostiene que la política fiscal keynesiana es, al menos, inútil y que la mejor política monetaria es la de Friedman. No considero a este grupo como anti-keynesiano exactamente, aunque, a juicio de sus miembros, la expresión “economía keynesiana” sea un término oprobioso antes usado por los mayores y que hoy, al igual que palabras como jerigonza o pampalinas, ha pasado de moda. Sin embargo, estos “pasivistas en política” parecen acercarse a la antigua posición teórica de Keynes: impulsos reales y propagación real. La pregunta es si será fructífero el debate, en la diagonal “correcta” pero con posiciones invertidas; lo dudo.

Conclusión

¿Acaso es posible sacar alguna moraleja de este triste relato? Según el filósofo Karl Popper, la ciencia es un proceso de conjeturas y refutaciones sucesivas. La refutación empírica de una conjetura teórica debiera generar una teoría mejor que guiase la siguiente ronda de investigación empírica. En cada ronda, la teoría tendría que aproximarse más a la realidad. Pienso que este proceso popperiano no se aplica exactamente a la economía. No es en absoluto evidente que la macroeconomía actual, como guía de la realidad contemporánea, sea mejor que la macroeconomía de hace, digamos, treinta años como guía de la realidad de entonces. Los métodos empíricos que los economistas han venido utilizando hasta la fecha para tomar contacto con la realidad no dieron indicios a los keynesianos sobre el cambio que se estaba gestando en el ámbito de la realidad monetaria, ni les señalaron en qué dirección debía enmendarse la teoría. Un énfasis menos exclusivo en la econometría y mayor empeño en el conocimiento de la historia y de las instituciones económicas, como antaño, hubiera ayudado.

Irme Lakatos, un joven colega de Popper, sostenía que la evaluación cognoscitiva debía centrarse en “programas de investigación” y no en teorías, como unidad apropiada de análisis. Un programa de investigación es una secuencia temporal de teorías que puede avanzar a través de conjeturas y refutaciones, incorporando así un contenido empírico confirmado cada vez mayor, pero también puede degenerar. Para que un programa de investigación sano y progresivo no se interrumpa hay que tener habilidad para no perder de vista lo que Lakatos llamó el “núcleo” del programa, es decir,

las ideas básicas que le dan continuidad. La danza “interna” entre las cuatro puntas de la “bandera sueca”, tal como la he descrito, no ha sido impulsada, en todos los casos, por refutaciones empíricas. En particular, la historia keynesiana se caracteriza básicamente por haber perdido de vista el núcleo. El resultado no es tanto un programa que declina sino, más bien, una sucesión de revisiones teóricas en varias direcciones, que no pueden considerarse como un programa evolutivo o degenerativo pues no están presentes los requisitos de continuidad y coherencia en el tiempo.

Durante las últimas décadas, los economistas en general han recurrido a la economía matemática para obtener una estructura y una coherencia en el espacio teórico. Hoy, aquellos economistas jóvenes que comparten el espíritu activista de intentar hacer algo para atacar, por ejemplo, el desempleo, tienen la esperanza de que la economía keynesiana reviva, usando las técnicas modernas de modelaje que empezó a poner en práctica el grupo de expectativas racionales. Ellos encuentran que la literatura keynesiana de años atrás es poco menos que fastidiosa en sus desarrollos formales. Por supuesto que la precisión que las matemáticas ofrecen es deseable, pero la precisión en el discurso no ayuda gran cosa si se pierde de vista el objeto del que se habla. El razonamiento matemático, en sí, no es garantía de coherencia. El modelo IS-LM, que en la actualidad parece primitivo, en sus tiempos de auge era considerado el macromodelo “matemático” *por excelencia*. El apego a él, lejos de evitarla, generó la idea, aparentemente inapelable, de que la teoría del desempleo de Keynes se explicaba en referencia a la “rigidez de los salarios”. A partir de esta creencia surgieron muchas otras tonterías. Un énfasis menos exclusivo en la teoría matemática y un poco más de confianza en la historia reciente del pensamiento económico serían de utilidad. De procederse así, deben respetarse algunas reglas del trabajo académico, tal y como se respetan las reglas de las matemáticas o de la inferencia estadística, lo que parece imposible. Por ejemplo, la ficción de que el mismo Keynes basó su teoría del desempleo en la supuesta rigidez de los salarios está tan firmemente atrincherada en libros de texto y revistas especializadas, y se reimprime con tanta frecuencia, que aparentemente nadie puede eliminarla. En la actualidad, el ejercicio del pensamiento económico, tomado en conjunto, no repara en la veracidad o falsedad de las afirmaciones de carácter histórico-doctrinal, con el suficiente cuidado para imponer niveles de erudición razonables.⁸ El pensamiento keynesiano es, en particular, el mejor ejemplo de este defecto.

Para terminar en un tono más optimista, cabe señalar que la tradición keynesiana merece ser resucitada y, seguramente, puede ser resucitada. Si el keynesianismo lograra liberarse de su desafortunada identificación con

⁸ Véase, por ejemplo, el comentario de Paul Samuelson en Worswick y Trevithick, *op. cit.*, p. 216: “La ficción de que Keynes supuso salarios rígidos ha sido una ficción útil”.

“rigideces” nominales, podría extenderse y abarcar, incluso, aquellos elementos de inestabilidad monetaria que contribuyeron a socavar, durante la inflación de los setenta, la hasta entonces predominante ortodoxia keynesiana. La preocupación keynesiana original por los problemas de coordinación intertemporal (ahorro-inversión) sigue siendo valiosa y, a mi parecer, debe incorporarse a cualquier síntesis teórica futura que aspire a ser viable. La teoría keynesiana en la veta (R/R) es necesaria, aunque la teoría keynesiana tradicional (R/N) haya sido golpeada más que ninguna otra por el monetarismo y la Nueva Economía Clásica. Después de todo, estas dos últimas corrientes no nos han ayudado, de hecho, a entender, por ejemplo, por qué la inversión resiente tanto el desarrollo de condiciones inflacionarias.

Traducción: *Óscar Franco*

